

# Nota sobre Paul Claudel

Escribe: EDUARDO CARRANZA

En la experiencia poética intervienen, como levadura esencial, ciertos estados espirituales vecinos a la elación, a la ausencia de sí mismo, que escapan a la inteligencia: plegaria, arrobamiento, transporte, melódico silencio. Y este elemento enhechizado es visible en poetas de tan insospechable anti-misticismo como Paul Valery. Ya en el amanecer de los idiomas, en la infancia de la poesía, se atribuyó una calidad religiosa al poeta y esta palabra tuvo siempre un sentido cercano, a veces idéntico, al de mago, profeta y adivino. David, Ezequiel, Homero, Dante, Hugo, resumieron la actitud religiosa de su tiempo, expresaron el ansia colectiva de una raza, de un siglo. Novalis lo ha constatado en sus célebres fragmentos al calificar al poeta de "médico trascendental" y al decir: "el mundo humano es el órgano común de los dioses. La poesía les une con nosotros".

Ha sido frecuente también el identificar, la poesía con la plegaria. Lo hizo Francis Jammes apuntando simplemente en sus *Geórgicas cristianas*: "no hay un poema igual a la oración"; y Jacques Maritain resuelve el problema demasiado fácilmente, cuando exclama en *Frontières de la poesie*: "la poesía, Dios mío, eres Tú". Así se llega a establecer el misticismo como un aspecto de la experiencia poética y, todavía más, a confundir en una sola dos actitudes: la mística y la poética. Bremond y Paul Claudel son quizá los dos más famosos mantenedores de esta teoría: el último dice que plegaria y poesía se confunden porque una y otra quieren reducir las cosas a su esencia pura que es la de ser criaturas y testimonio de Dios.

El misticismo es una necesidad de comunión que exige dualidad, suprime las fronteras entre el mundo exterior y el mundo interior, intuye la unidad cósmica y síquica: la poesía obedece a la misma necesidad y opera según los mismos procesos espirituales. Los dos son la negación de la vida habitual, los dos son un grito hacia el universo, un esfuerzo para reconstruir la unidad inicial, por lo tanto, un retorno a la mentalidad primitiva, un "elan" vital que busca superar la creación y liberar al ser humano: niños, héroes, santos y poetas provienen igualmente de la mística.

Estas consideraciones elementales sobre asunto tan extenso y profundo como es la mística surgen naturalmente en torno al nombre de Paul Claudel, (1868-1955) considerado hoy, unánimemente, como el mayor poeta cristiano de nuestro tiempo. Así como Valery desciende en línea directa de Racine y Mallarmé, la lírica claudeliana tiene su más próximo ascendiente en Rimbaud. Las raíces de su palabra poética parecen haberse nutrido en los grandes poetas de acento universal: Esquilo, Dante, Shakespeare, Calderón. Fernand Gregh lo llama "un Bossuet que hubiera leído a Rimbaud". Hay en sus poemas y en sus dramas un ancho aliento bíblico. Por su pujanza, por su prodigiosa fuerza expresiva, por su inimitable sencillez y ternura, por su profundidad tan humana y tan celeste, nos da la impresión, a veces, de un profeta parado en medio de los siglos, otras veces de un primitivo trovador transido de efusión cristiana, o un balbuciente romero del siglo XIII, o un asombrado arquitecto del tiempo gótico. En su poesía las palabras parecen recobrar, limpias de elaboración y de intenciones mentales, su primitivo sentido cristalino, su vibración original, su fragante vigor antiguo. Y se sitúan, dentro del poema desatado, en algo que pudiéramos llamar un ordenado torrente. De él puede decirse cabalmente que canta como respira, pues, ha querido acordar su poesía al ritmo de la respiración, ritmo humano, fisiológico. Escribió Claudel en amplios versos, versículos más bien, que tienen un ritmo profundo, libre, exultante, poderoso, como de ola o río de montaña. Ritmo palpitante de vitalidad poética, de imágenes directas y desnudas. En su desatada fuerza fulgurante radican los defectos que algunos críticos, entre ellos Pierre Lasserre, le anotan: frecuente incoherencia, descuidos sintácticos, deliberada oscuridad.

La actitud de Claudel ante la vida es fundamentalmente la de un cristiano. Parece sentir que todos los seres pasan a través de su sangre y se alzan en ella como en anhelante surtidor en alabanza de Dios. En su voz, ofrece las criaturas a su Autor. Cuando canta la humilde vida cotidiana, ésta parece levantarse, embellecida, a un plano sobrenatural. Quiere ser el puente melodioso entre su Dios y el corazón del hombre. A veces, abandona su acento sibilino y alcanza una ternura delgada como lágrima o sonrisa; así en su oración a la Virgen del mediodía, en donde ésta parece tan próxima, tan cercana, tan madre, como nuestra madre. Y habla así a Dios, sublimemente: "Vous qui nous répondez par les paroles memes qui nous vous adressons".

Toda la obra de Claudel es un amoroso acto de fe católica: "Yo dormía, acostado como un muerto en la noche. Dios dijo: 'hágase la luz! Y me desperté como se lanza un grito". Para él todos los seres y las cosas, unidos en el tiempo y el espacio, contribuyen a la armonía total del universo. Misionero y apóstol, lo llama Jacques Rivière y añade: "exige nuestra alma para ofrecerla a Dios". Hombres como Claudel anota otro escritor francés, permiten a este siglo hacer dignamente acto de presencia ante la historia.

Diplomático, Claudel viajó largamente por Europa, América y Oriente. Su obra, muy extensa abarca los dominios de la poesía, el teatro y la prosa de intención filosófica. He aquí los títulos más salientes: *Poemes*

*de guerre, Cinq grandes odes, Feuilles de Saints, Ecoute ma fille, La Jeune fille Violaine, L'Echange, L'Otage, L'Annonce faite a Marie, Tete d'or, Art poétique, Positions, Connaissance de l'Est.*

Alguno pudo decir que, realmente, desde que Claudel tomó la pluma jamás ha escrito otra cosa que Dios. Así, su canto, su alabanza, se vuelven hacia el cielo como un bosque patético, perfumado y ardiendo.

## CINCO POEMAS DE PAUL CLAUDEL

TRADUCIDOS POR EDUARDO CARRANZA

---

### EL NIÑO JESUS DE PRAGA

Cae la nieve sobre diciembre, sobre la soledad. Y se diría que el inmenso mundo ha muerto.

Mas oh, Dios mío, cuán dulcemente se está en la tibieza de la pequeña habitación.

La chimenea, llena de brasas crepitantes, colora el techo y los muros con un somnoliento resplandor. Y se oye tan solo, como en la atmósfera de un sueño, la vocecita del agua.

Arriba, en la repisa, sobre los dos lechos, bajo su globo de cristal y con su corona en la cabeza,

amabilísimo en su gran traje solemne, magnífico bajo su enorme halo dorado

reina el niño Jesús de Praga.

Una de sus manos ternezuelas sostiene el mundo, la otra se apresta para cubrir, para librar del mal a los niños, sus hermanos menores. Está solo, frente al hogar, cuya claridad lo alza y lo sostiene como la custodia a la hostia.

Callada e impensada como la respiración humana, una especie de vida eterna llena la habitación,

y su aliento divino iguala y hermana y penetra todas las humildes cosas inocentes.

Ahora se puede dormir porque Jesús, nuestro hermano, vela por nosotros y ningún mal podrá sobrevenir.

El está con nosotros y con El velan también, en su rincón, algunos amables objetos: la muñeca maravillosa, el caballo de madera, el corde-ro plateado...

Dormimos, pero todas estas buenas cosas rodean nuestro sueño, son con nosotros. Las cortinas están corridas... Anda el silencio... A lo lejos, en la nieve, en la noche, en la soledad, suena vagamente algo como una hora.

El niño, en su camita tibia, parece comprender dichoso, que duerme y que alguien que lo ama vela acompañándole:

entonces se agita un poco, balbucea, saca un brazo y quiere despertarse, pero no puede y duerme, sonriendo a su cielo abierto.

## MAGNIFICAT

*(Fragmento)*

Bendito seas, Señor, porque me has librado de los ídolos, y has hecho que solo a Ti adore mi alma, y no a Isis y Osiris,

a la Justicia, o al Progreso, o a la Verdad, o a la Divinidad, o a la Humanidad, o a las Leyes de la Naturaleza, o al Arte o a la Belleza:

a todas esas cosas que son tan solo el vacío dejado por tu ausencia.

Como el salvaje que construye una Piragua y con la tabla sobrante del tronco elegido fabrica luego un Apolo.

Así estos habladores de palabras, con el excedente de sus adjetivos han modelado monstruos sin substancia,

más crueles que Moloch, devorador de niños, más crueles y repulsivos que Moloch.

Tienen un nombre y un remedo de voz, pero son de humo y pura apariencia, pues no hay allí persona verdadera;

y en ellos habita el espíritu inmundo que se aposenta en los lugares desiertos y en las cosas vacías.

## MAGNIFICAT

*(Fragmento)*

Señor, Tú me has librado de los Libros y de las Ideas, de los Idolos y sus sacerdotes

y no has permitido que Israel caiga bajo el yugo de los Afeminados.

Bien se yo que no eres el dios de los muertos sino el Dios de los vivos.

Y así, pues, no adoraré a fantasmas y peleles, ni a Diana, ni al Deber, ni a la Libertad, ni al buey Apis.

Y sus "genios" y sus "héroes", sus "grandes hombres" y sus "superhombres" me producen la repulsión de lo desfigurado.

Porque no estoy libre entre los muertos: existo rodeado de las cosas que existen y a ellas me hago indispensable.

Y no deseo ser superior a nadie: tan solo quiero ser un hombre justo,

justo como Tú eres perfecto, justo y vivo entre los otros espíritus reales.

## SANTA CECILIA

La fiesta de Santa Cecilia se celebra en el mes de noviembre; y por entonces vemos descargar de las carretas rebosantes, en la puerta de nuestras basílicas, como esos frutos del otoño que son llevados al hogar para que acaben de madurar en su tibieza,

vemos entrar en nuestras basílicas los timbales, trombones y contrabajos, y todos esos insignes vasos de música,

que van a sostener las cuatrocientas voces de los coristas: todo el son de la tierra y el son del hombre reunidos y levantados en este día del Señor.

En la primavera de las persecuciones, entre las húmedas ramas lucientes,

Cecilia, anterior a las flores, detrás de las flores, fue la primera ave que cantó.

Cantó lo que sabía, tres notas solamente: el invierno ha terminado!; ha terminado el espantoso invierno pagano, cantó Cecilia, tras de la rama de la primavera.

Y es en vano, oh verdugo, que quieras exterminar a la Virgen sin nombre, ignorante de su cuerpo, a la niña que llena de júbilo dice lo que sabe.

Ah, enemigo de la alegría, no puedes con tu glacial arma hierro interrumpir el trino involuntario en esta garganta melodiosa!

Cada vez que dan un tajo poderoso para derribarla, la melodía todopoderosa endereza la tronchada cabeza!

Oye, pues, a la Iglesia que canta!

El traje de Cecilia se ha tornado púrpura, y a cada golpe brota la sangre con más ímpetu!

Escucha, más alta a cada golpe, esta voz victoriosa de la muerte!

Hasta que al fin, separado de la dulce y fiera niña que ya no puede retenerlo,

el Aleluya jubiloso sube por el azul inextinguible, como él inmortal!

## LA VISITA

El sacerdote Zacarías de Hebrón, padre de Juan, era una especie de pope, o como uno de nuestros curas de pueblo;

solo que en aquel tiempo los sacerdotes tenían permiso de casarse.

Y había sin duda un pequeño jardín... tras de su presbiterio, un jardín habitado por esas flores de penetrante aroma y que perfuman con mayor intensidad en los días caniculares.

Es allí a donde María, "Abiens in Montana", fue a ver a su prima Isabel. Ella la miró y dijo: Ah, dijo: Ah, solamente; y bajó la cabeza.

Y porque todo lo había comprendido de pronto su pecho se estremeció profundamente  
y juntando sus manos humildes de mujer, dijo en voz baja: Hunde hoc mihi?  
Me parece que estoy allí y veo la escena.  
Y veo cómo tiemblan las comisuras de la pálida boca,  
y veo las lágrimas brillar de repente;  
ese llanto patético de las personas que ya no son jóvenes, de los corazones  
que empiezan a vacilar y fácilmente se anonadan;  
y veo ese gesto que se hace al llorar como si se quisiera reír.  
Ella llora y llora, pero un gozo inconmensurable está en sus ojos.  
La madre de San Juan Bautista, contempla a la madre de Dios.  
Oh bienaventurada Isabel que oíste a María en el primer Stabat:  
Séanos dado como a ti, esa tarde en el pequeño jardín de Judea,  
emprender, paso a paso, la peregrinación que hacen todos los fieles católicos,  
y cuando hayamos abierto de par en par nuestro culpable corazón y lo  
hayamos confesado todo,  
séanos dado sentir en nuestra mano temblorosa, la mano de nuestra madre  
María.  
“Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita  
eres...”.

PAUL CLAUDEL